

Jorge Enrique Lage

EVERGLADES



De la presente edición, 2020

- © Jorge Enrique Lage
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-51-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

En la mayor parte de los casos, las investigaciones de homicidios tomaban rumbos extraños. Teníamos que estar al día en nuestra información y preparados para saltar sobre lo que fuera.

JAMES ELLROY,
Mis rincones oscuros

Hay algo natural en que las metrópolis sean provincianas: el desarrollo de una conversación creadora tiene como centro una discusión local. Por el contrario, un signo claro de subdesarrollo son las publicaciones que no citan autores locales, para no verse provincianas. Para el subdesarrollo, las discusiones importantes son las que se siguen de lejos, como un espectáculo. Estar en la periferia consiste precisamente en no estar en sí mismos.

GABRIEL ZAID,
El secreto de la fama

El ajetreo que podemos observar en las calles comerciales de Tokio no es nada en comparación con el jaleo que reina dentro de ti. Es la consecuencia inevitable de tu karma pasado, que se manifiesta en muchas capas que se superponen unas a otras.

KODO SAWAKI,
El zen es la mayor patraña de todos los tiempos

Más temprano que tarde esto va a terminar convertido en un museo. Otro. Uno más. Y ya se sabe que por aquí todos los museos son, y seguirán siendo persistentemente, Museos de la Revolución. Todos. Se ha vuelto tan inevitable como absurdo.

He ahí mis primeros pensamientos, justo antes de entrar, contemplando la fachada y mi sombra rebotando contra ella. Sombra contra espacio.

Se trata, por supuesto, de rodeos. Dilaciones atropelladas. Lo urgente, lo que en realidad me preocupa es si voy a ser capaz de salir más o menos intacto, y cómo, y cuándo.

Intacto quiere decir: un informe que se pueda pasar en limpio, luego ser capaz de borrarlo, luego pasar página y procurar alguna forma de olvido.

Lo que en realidad me preocupa no tiene importancia ahora.

He sido entrenado para ser eficaz.

Aunque en la actualidad ya nadie dedica tiempo, energía o ideas a ninguna clase de entrenamiento que valga la pena, lo cierto es que una vez, hace años, yo fui entrenado para ser eficaz. Es todo lo que puedo decir.

El habla del training.

La casona, construida en la época colonial por españoles, ha sido restaurada en más de una ocasión pero conserva sus rasgos arquetípicos. Un antiguo organismo empresarial, la Oficina del Historiador de la Ciudad, se dedicó durante décadas a invertir dinero en la conservación y el congelamiento de lo que llamaban *el patrimonio*, en toda la zona de La Habana Vieja.

Dejo mis bultos a un lado y tranco el portón, haciendo chasquear un cerrojo pesado y herrumbroso.

No hay nadie en las habitaciones de la planta baja. Ellas deben estar regadas por allá arriba, expectantes. Pienso en nidos de insectos poscoloniales.

Un nido. Abejas, todas grandes y gordas, todas reinas. O avispas, etcétera.

Isópteros hembra, también conocidos como termitas obreras.

Los escalones son de madera. Crujen.

También pienso en murciélagos, por si acaso.

El ojo puesto en las vigas de los techos.

Las telarañas pegajosas, aquí y allá, entre manchones de humedad.

Algo venenoso o envenenado en el aire sube conmigo las escaleras.

Viudas negras.

La primera en salir a mi encuentro, Cristabel (la más joven: 17 años / pelo largo: lacio y dorado / ojos verdes, vivísimos), me va a hacer la pregunta del milenio en este lado del Atlántico. Y la pregunta que, en su momento, tengo entendido, también se hicieron los milenials cubanos, esos que nunca existieron.

—¿Ya somos libres?

Mientras subía empecé a sentir fatiga, entumecimiento y hormigueo en las piernas.

El hormigueo era una sensación familiar, pero no por eso menos perturbadora. No había forma de que yo no pensara en la Esclerosis Múltiple, una y otra vez.

En particular ese adjetivo: múltiple. La multiplicidad de síntomas que se avecinan, un enjambre.

Del hormigueo al enjambre.

Es cierto que el debut de esta enfermedad, de esta esclerosis, es más frecuente entre los 20 y los 40 años. Y también que las mujeres tienen más probabilidades de padecerla. Yo ya estaba escapando del rango de edad, por suerte, y por fortuna me había librado, aunque sin mayores méritos, de ser mujer. Pero también es cierto, es un hecho, que menudo los primeros *brotos* (así les llaman) se localizan en las piernas.

Sensaciones *vagas* y *difusas* en las extremidades inferiores.

Eso había leído yo varias veces, aterrado, en internet: mi internet-intranet de los temores, de los horrores, de la aniquilación.

Vagas y difusas son también las causas, amenazas imprecisas que se engloban como «factores heredita-

rios y ambientales». Es decir: la cultura, la ideología, cualquier cosa que se te ocurra mientras estás sentado en casa, leyendo estas cosas.

Supe, entre otros datos, infinidad de data, que la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple de Estados Unidos lanzó en su día un proyecto para «catalogar todos los tipos de lesiones posibles y desarrollar *un modelo más preciso de cómo ocurren las cosas*».

The Lesion Project.

Las cursivas, casi todas las cursivas, son mías.

Al margen de todo modelo —esto no es más que un modelo posible: un modelo con unas modelos— y al margen de toda precisión, para mí las cosas siempre estaban ocurriendo, nunca dejaban de ocurrirme. Ahora el hormigueo, esa terrorífica parestesia, era un zumbido muscular que había descendido a capas más profundas en la cara superior interna de mis muslos, y desde ahí se desplazaba eléctricamente hacia arriba.

¿Cómo no alarmarse?

¿Cómo no vislumbrar que algo maligno estaba ocurriendo allá abajo, allá dentro, en mis fibras nerviosas, bajo la piel?

Fuera lo que fuera: *¿hacia dónde subía?*

Me pregunté una vez más qué pasaría, o qué *no me iba a pasar*, cuando aparecieran los primeros *focos* (así les llaman, son dueños de un lenguaje poderoso) en el scan 3D de mi cerebro.

YO. Con permiso. Estoy en medio de algo.

ROSS MACDONALD. Claro, claro, pasa. Yo estoy aquí sin hacer nada, pensando en las musarañas... Y pensando de paso en esa curiosa expresión de la jerga hispana, ¿verdad?, en lo que tienen las musarañas como para que haya que pensar todo el tiempo en ellas. Tengo entendido que son unos insectívoros que...

YO. Tranquilo, por mí puedes seguir gastando el tiempo, y hasta el espacio. Este espacio de aquí. Sólo déjame. No tienes que seguirme.

ROSS MACDONALD. No te estoy siguiendo, no elevemos tan pronto el umbral de la sospecha. ¿Por qué tanto apuro?

YO. Esa misma pregunta me la hago yo.

ROSS MACDONALD. Tú no me conoces, pero yo sí te conozco a ti.

YO.

ROSS MACDONALD. No me mires con esa cara.

YO. ¿Qué cara tengo?

ROSS MACDONALD. La misma cara de un tipo al que intercepté una vez en Silicon Valley, en medio de la noche. Igualita.

YO. ¿La noche de los microchips? ¿De los semiconductores?

ROSS MACDONALD. Los semiconductores suicidas, en todo caso.

YO. Es que el silicio es un auténtico peligro.

ROSS MACDONALD. La canción aquella de Britney Spears, «Hit Me Baby One More Time», estaba dedicada al silicio, ¿te acuerdas?

YO. Baby Silicio, un tipo duro. Suena bien. Versión reguetón.

ROSS MACDONALD. Este otro tipo, por su parte, tenía pintada en el rostro la típica expresión de, ya sabes, «lo apuesto todo a la remota posibilidad de que una de mis muchas mentiras termine convirtiéndose en verdad». Conducía un Toyota destartado y transportaba una maleta llena de dinero. Una maleta sucia, muy pesada; una maleta tan grande y tan sucia como el continente sudamericano.

YO. Eso no existe.

ROSS MACDONALD. ¿Qué cosa?

YO. El continente sudamericano.

ROSS MACDONALD. ¿Ah, no?

YO. No. Y tú tampoco.

ROSS MACDONALD. ¿Yo tampoco existo?

YO. Si me apuras, diría que eres algo así como una alimaña flotante, una alimaña del vítreo, o del neocórtex. Eres una musaraña alucinatoria.

ROSS MACDONALD. ¿Ah, sí? Pues te equivocas. ¿Una alucinación puede hacer esto?

YO.

ROSS MACDONALD. ¿Y esto? Atiende para acá. ¿Qué me dices de esto?

YO. ¿Eso que tuerces son brazos? ¿Son... *extremidades*?

ROSS MACDONALD. Como quieras llamarlos. Estás advertido. Son durísimos.

YO. Parecen como tubos...

ROSS MACDONALD. Eso mismo, ¡tubos! Soy todo tubos.

Mira como me sale otro tubo por aquí abajo...

YO.

ROSS MACDONALD. Soy un booktuber.

—¿Dónde está el cadáver, señoritas? A ver, ¿qué hicieron con él?

Ahora mismo, está claro, ni espero ni necesito esas respuestas. Es solo mi *introducción*, nunca mejor dicho; una manera de romper el hielo policiaco, ellas lo saben.

—¿Es que no lo descubrieron ya las navecitas que entraron volando y zumbando? —me suelta una, belicosa, un dron en sí misma—. ¿Los drones?

—¿Y por qué no le preguntas a los robocops guantanamoeros que vinieron después de los drones y zapearon por todo esto? —protesta otra, o tal vez es la misma, todavía no distingo—. ¿Qué quieres, que aportemos algo nuevo?

Las observo. Las cuento. Las caras.

Las retinas ya leídas.

Tal vez no vuelva a tener frente a mí, juntas, agrupadas, a las diez. La casa no es tan grande, pero está a punto de volverse laberíntica.

—Nos lo comimos, por supuesto —agregan.

—Se esfumó. Así... ¡chas! Entre vapores coloreados.

—Se fue a otra dimensión, ¿no es verdad chicas?

Las tres teorías sarcásticas me parecen plausibles e interesantes, para qué mentir. Cada una, una ramifi-

cación. Y, tal como esperaba, ellas (las chicas, no las ramificaciones) no me tendrán el menor respeto. Son las únicas víctimas aquí.

—Mira, ya te puedes ir a la mierda con tu...

—¿En serio no te dijeron nada? ¿Tú eres anormal?

—¡¡No tenemos ni puta idea de qué pasó con Él!!

Él.

Casi puedo escuchar cómo resuena, entre estas paredes, la Mayúscula del Pronombre.

Nunca supieron su verdadero nombre, desde luego. El nombre del muerto, el nombre del muerto desaparecido. Un nombre propio que, por el momento, solo por ahora, nadie se arriesgará a eternizar en necrológicas apresuradas.

Claro que, de haberlo sabido, ellas tampoco hubieran tenido el menor interés en pronunciarlo. Lo llamaban por distintos apodos, así era más fácil.

Para prolongar la tradición, ya desde el vacío —aunque, por otra parte, él pudiera ser incluido de facto en una tradición cubana de Innombrables, paralela a la de los Dictadores, aunque paralela al modo no euclideo: en el infinito las tradiciones se aproximan y se cortan—, yo me apropiaré de uno de esos apodos al azar.

El apodo que le puso Majela, a quien él le puso en bandeja, en bandeja metálica, el recuerdo de un doctor que la atendió un par de veces en la Clínica González Coro, del Vedado.

La misma gordura, explicaba, idéntico barrigón.

Y la barba descuidada y canosa...

Y los espejuelos de cristales gruesos...

El Ginecólogo.

Me asomo por uno de los ventanales y contemplo la calle.

Sorpresa:

Sin quitar siquiera las cintas amarillas que bloqueaban el paso, Crime Scene Do Not Cross, resulta que ahora están rodeando toda la planta baja de la casona con amplísimas pantallas de material aislante, semitransparente. Un operativo cuarentena en marcha rápida.

Sobra decir que esto yo no lo esperaba.

Quizás nadie lo vio venir.

Me lo hubieran dicho, ¿no?

Tratando de paliar la confusión —eludir la hiperventilación: colocándome una bolsa como la que ponen en las aeronaves, pero mental en este caso, sobre boca y nariz— me dedico a espiar a todos esos agentes enfundados de blanco, respirando dentro de sus máscaras, vestidos como cosmonautas sobre el empedrado caliente, y me pregunto qué tal quedarían en una postal.

Las postales que se vendían en todas las esquinas de una Habana Vieja bajo toneladas de maquillaje ruinoso, una Habana Vieja de postal.

El «Casco Histórico», le decían. Pero ahora estoy pensando más bien en un casco como el que usan los mineros, un casco proyector de luz, un casco proyector de láser.

Y en mineros tiznados que no son, como tal, mineros, sino practicantes de la minería de datos.

Escáners.

Y en datos también tiznados, subterráneos...

La Oficina del Historiador de la Ciudad, pienso. Imagino que dentro de esa oficina hay una puerta secreta que comunica con *otra oficina*, donde habría otra clase de historiadores electrificando conexiones con el pasado. Y dentro de esa oficina secreta habría unos ventanales como este, pero diminutos, situados casi a ras de piso, y por ellos sería posible atisbar una oficina más, donde se mueven, en miniatura, bichos con baticas blancas, los historiadores que directamente *vivieron* en el interior de ese pasado: un siglo, dos siglos hacia atrás.

Historiadores laboriosos.

Historiadores que eran también higienistas.

O que eran, en primer lugar y sobre todo, higienistas.

—¿Cómo es eso de que no podemos salir todavía?

Es esa misma, la autora del mote clínico, Majela (la mayor: 24 años / morena / sólida de piernas y caderas), mirándome con enojo antes de sacar una cabeza desgredada hacia la calle. Algo tremebundo le grita a los cosmonautas allá abajo, que por supuesto la ignoran.

Al final terminará calmándose a medias, o resignándose un poco, igual que las otras. No tiene alternativa. Por el momento, sigue clamando detrás de mí mientras yo busco la escalera:

—¿Y ahora qué somos? ¿Un foco infeccioso o algo así? Eh, oye, ¡estoy hablando contigo!

Me llevo lentamente el dedo a los labios, pidiéndole silencio, y ella se para en seco ahí mismo, consternada.

Eso es.

Que piense que estoy siguiendo el hilo de alguna pista. Que estoy empezando a detectar alguna cosa sospechosa. Comenzando a hacer lo que sea que vine a hacer yo aquí. Mi función, mi misión oficial.

Pero no.

Subo al último piso. Se ve la bahía. Flota un crucero con bandera estadounidense repleto de turistas listos para desembarcar en la isla paradisiaca, algo supuestamente divertido que nunca volverán a hacer. Detrás, sobre la colina de Casablanca, el Cristo de La Habana. Blanco, impávido, labrado por una mujer, Jilma Madera, con mármol de Carrara. Yo quisiera que esa estatua vigilante ahora mismo me dijera algo, me transmitiera un poco de serenidad, un poco de astucia, un poco de fe, un poco de sentido.

Pero no.

DAVID F. WALLACE. Bueno, lo que te iba a comentar es que Wittgenstein empezó una conferencia citando el famoso comentario de Hilbert: «Nadie va a sacarnos del Paraíso que Cantor ha creado».

YO. ¿El Paraíso de Hilbert? ¿El de la tira cómica?

DAVID F. WALLACE. No, ese es el ingeniero Dilbert, cuya mascota es el perro Dogbert... David Hilbert es el del Espacio de Hilbert, uno de los fundamentos del análisis funcional. El Paraíso de Georg Cantor... ¿No me estás escuchando?

YO. Intento no hacerlo. Te lo advertí antes de que empezaras.

DAVID F. WALLACE. Wittgenstein debe haber escrito esa frase en la pizarra al inicio de su conferencia, una tarde invernal, lluviosa, aires de tormenta...

YO. Por lo que veo, ahora va a ser *tu* conferencia.

DAVID F. WALLACE. Luego el profesor se vuelve hacia sus estudiantes y les dice algo como esto: «Yo no voy a ser el que los saque. Yo ni siquiera soñaría con sacarlos de ese paraíso. Yo intentaré hacer algo muy diferente. Trataré de mostrarles que no es un paraíso, les explicaré por qué no es un paraíso, para que luego ustedes lo abandonen o no, según su propia decisión».

YO. En cualquier caso, Cantor o Hilbert o o Witt-no-sé-quién, lo que estaría en juego ahí es un paraíso alemán, ¿no? Metamatemático y, por eso mismo, ultragermánico.

DAVID F. WALLACE. Mmm... ¿Qué diferencia hace?

YO. Querido mío. Es como cuando me citaron a declarar, una vez, sobre el verdadero alcance de mi trabajo, ciertos diputados que hoy están presos. ¿Cuál es el límite?, dijeron. Y yo respondí: el límite siempre está en el presupuesto.

DAVID F. WALLACE. Ya. ¿Te puedo preguntar algo?

YO. Lo vas a hacer de todos modos. Me da que eres un tin verborreico.

DAVID F. WALLACE. ¿Es parte de tu trabajo dar vueltas en círculo, atrapado en esta vulgar e insolada edificación?

YO. Tengo tareas que llevar a cabo. Un... análisis funcional. Un análisis que podría ser *fundacional*. Ahora este es mi espacio.

DAVID F. WALLACE. Yo con gusto te ayudaría, pero estoy fuera de mi jurisdicción... Espera un momento.

YO. ¿Qué es eso que te suena?

DAVID F. WALLACE. Mi teléfono. Espera.

YO.

DAVID F. WALLACE.

YO.

DAVID F. WALLACE. Hay gente que quiere meter una novela entera en el buzón de voz... Por cierto, a un ventrílocuo, ¿cómo le sonaría la frase «buzón de voz»?

YO. No sé qué es lo más preocupante. Decirle teléfono a ese cacharro de juguete...

DAVID F. WALLACE. ¿Y qué es lo que tienes tú? ¿Un ordenador cuántico?

YO. ... o que te lo hayas sacado de adentro de la boca.
¿Qué eres, alguna clase de mascota mágica? ¿Lo tenías enrollado en la lengua?

DAVID F. WALLACE. ¿Has dicho de verdad *enrollado en la lengua*? ¿En serio? Un segundo. Espera.

YO.

DAVID F. WALLACE.

YO.

DAVID F. WALLACE. Listo. ¿Decías?

